

propias grandezas y una evocacion de sus antiguos recuerdos y de sus pasadas memorias.

Al mediodía del monasterio se levantaba el improvisado palacio imperial, favorecido por la luz y por el calor de hábil orientacion, y resguardado al Norte por la mole del templo. A los dos extremos de sus habitaciones levantábanse dos anchas terrazas cubiertas con toda clase de vegetales, y especialmente con esos árboles, como los naranjos y los limoneros, que dan placer á vista y olfato. Grandiosos estanques recogian las aguas de los arroyos, y surtian de caudales cristalinos á las numerosas fuentes. El jardin de la comunidad, cedido de grado al Emperador, tapizaba con sus ramajes las rejas y henchia de aromas todo el aire. El gabinete particular de la majestad imperial recibia mas sol que ninguna otra estancia, y se comunicaba mas abiertamente con la olorosa floresta. Allí recibia sus visitas, y trabajaba en sus cartas. El oido podia darse al recreo procurado por los coros de tantas aves y por los surtidores de tantas fuentes, mientras la vista se hundia en las colinas y laderas sembradas de castaños, de almendros, de nogales, de limoneros y naranjos. Al revés de su gabinete de trabajo, su alcoba de dormir, la cual caia mas hácia el Norte, hallábase dispuesta de suerte que pudiese desde su cama Carlos, sin molestarse, ver y oír la misa en el altar mayor de la iglesia. Ricos tapices de Flandes, con seda y oro elegantemente urdidos, cubrian las paredes; sillas de nogal cubiertas con clavos áureos y esculpidas á la usanza plateresca erguíanse por doquier; grandes sillones, bien condicionados y cubiertos con cojines varios, servíanle para trasportarse de un punto á otro; aquí cuadros del Ticiano representando la Trinidad Santísima; trípticos allí que recordaban las pinturas de la Edad Media; por diversos puntos retablos debidos á los primeros escultores del tiempo y en los cuales resaltaban de bulto y en relieve las Vírgenes y los Cristos, adorados por ángeles, cuyas alas y cuyos incensarios de oro parecian moverse al compás de las notas del órgano, filtradas por las paredes, y que componian íris de sonidos, como los matices de tantas obras artísticas, realzadas por la luz, componian coros de colores. Además de todo esto veíase un relicario portador de algunos restos de la verdadera cruz; un Cristo de marfil que habia la Emperatriz asido en los momentos últimos de su agonía suprema; y relojes

y mas relojes, que Juanelo arreglaba con su destreza en las artes mecánicas y que desarreglaba el Emperador con su empeño en hacerlos coincidir á todos en el mismo segundo. Pizarras para los cálculos matemáticos; figuras geométricas recortadas en madera ó marfil; astrolabios de diversas procedencias; lentes de cristal de roca, marinas cartas enviadas por Andrea Doria, mapas de los innumerables antiguos dominios; los libros de Ptolomeo recién destronados por Copérnico sin que Carlos V lo supiese; las obras de aritmética y álgebra en que aprendiera las primeras nociones matemáticas; los Comentarios del primer César indispensables á quien llevaba este mismo título entre sus nombres; las historias de la España antigua muy leídas por aquel fundador, á despecho suyo, de la España moderna; los Consuelos de Boecio que fortalecen á cuantos se consagran de suyo á las arduas tareas de la política; las meditaciones de San Agustin mezcladas con libros de caballería y las obras heréticas del doctor Constantino juntas con devocionarios y misales, completaban el ajuar de Carlos V, en el que no queremos contar ni las joyas ni las preciosidades de oro y argentería, porque no concluiríamos nunca tratándose del dueño de la tierra en la época del Renacimiento.

Redujo Carlos, á pesar de todos estos restos del antiguo poder, su casa y su servidumbre todo cuanto le permitian sus aparatosas costumbres. Aquel jinete, que habia llamado la universal admiracion por su airoso cabalgar, regaló todos sus caballos, dejándose uno solo, viejo y paciente, que le servia para la tierra quebrada y para la dolorosísima gota. Los setecientos servidores de otros tiempos redujéronse á dos docenas y no cumplidas. En lo que mas conservaba su antiguo esplendor era en punto á capellanes, así predicadores cual de coro. Particularmente tuvo especialísimo cuidado en proveerse de un confesor, que penetrase hasta el fondo de su alma y viese el secreto de sus pensamientos. Y á este fin fijóse con resolucion reflexiva en Juan Regla, monje aragonés que habia maravillado al Concilio de Trento por su saber y su elocuencia. Hijo de los montes de Jaca, perteneciente á una familia pobre, habia ido desnudo desde sus cabañas á Zaragoza, y habia pedido limosna por amor de Dios á la puerta de Santa Engracia. El claustro era en aquellas edades un asilo muy seguro á tales miserias; y en el claustro se consagró á la ciencia teológica y se granjeó imperecedero renombre. Ido al Concilio, no

le olieron bien sus doctrinas allí á los ultramontanos jesuitas y le arguyeron de heterodoxo constriéndole á desdecirse de diez y ocho proposiciones teológicas. Tal jugada contra su ciencia y su fama le molestaron mucho y le convirtieron en implacable adversario de la Compañía. Carlos V le tuvo siempre á su lado en Yuste; y una vez que se fué, por solazarse, á Plasencia, le hizo volver de prisa, y le conjuró á no apartarse del monasterio ni un segundo. Regla estaba en la cámara de Carlos, contra todas las leyes de la imperial etiqueta, sentado siempre; cosa que traía naturalmente á mal traer al buen Quijada, quien jamás viera en treinta y siete años de servicio tal desacato. Conociendo pues el confesor la extrañeza de los servidores, echábase de hinojos ante Carlos y le pedia permiso para estar de pié, pues le pinchaban las sillas donde había de sentarse como si tuvieran espinas y le subía el rubor al rostro cuando algun servidor entraba y le veía derogar así antiguas costumbres dotadas por el uso y el tiempo del carácter austero de supremas y definitivas leyes. Carlos acalló los escrúpulos de Regla, y continuó haciéndole sentar á su lado. Bien había menester todos estos auxiliares; porque vivía el Emperador en Yuste, no una vida claustral como cree la vulgar supersticion, pero sí una vida religiosa como cumplía y tocaba naturalmente al campeón de la Iglesia y sus dogmas en toda la Cristiandad. Cuatro misas hacia decir diariamente por el alma de los suyos y por la suya propia, oyendo esta última. Los jueves descubría el Santísimo Sacramento y le consagraba una misa mayor con fervoroso culto y exaltadísima devocion. Do quier había un buen organista y un buen tenor llamábalos á su presencia; y así obtuvo el oír á fray Antonio de Avila y á fray Juan de Villamayor, en cuya diaria y constante audicion se holgaba por extremo y esparcía.

La vida, que llevaba el Emperador en Yuste, siempre que los negocios públicos y las correspondencias diarias se lo permitian, brillaba por su regularidad. Levantábase muy de mañana, y comía en seguida que se levantaba, no pudiendo permanecer ayuno largo tiempo, ni aun cuando necesitaba tomar la comunión. Levantado y desayunado, recibía primero á departir con él de las cosas morales su confesor Regla; y despues de los trabajos materiales su ingeniero Torriciano. A las diez en punto entregaba su cuerpo á los ayudas de cámara que lo vestían, y su rostro á los barberos que lo peinaban y lim-

piaban. Despues encaminábase á la iglesia y oía misa. Oída la misa, y dado algun paseo por el jardín, sentábase á comer, teniendo consigo á su secretario y á su médico, para que respondiesen á sus preguntas, por lo general relativas á la ciencia y á la historia. En los postres el confesor abría los grandes infolios y recitaba en voz alta fragmentos de los primeros padres eclesiásticos. Tras tal lectura seguía una cortísima siesta. A pesar de su mansedumbre y de su natural humillacion, aparecía siempre á los ojos de los monjes como el terrible César, que había llevado el mundo en la mano, el sol en la frente, los espacios en los hombros, y tenido por primer ministro la muerte. El padre Sigüenza, que nos refiere todas estas minuciosidades en sus historias de los Jerónimos, cuenta que difundía mal de su grado el terror entre los monjes siempre que se presentaba en la iglesia. Ya mostró á uno cómo se daba el agua bendita por haberse quedado sin accion al verle; ya recogió la patena de manos de otro perturbado por su presencia; ya continuó una felicitacion en labios del prior, felicitacion suspensa por el pavor que infundía este hombre férreo, mas exaltado por su grandeza moral cuanto mas humilde aparecía por sus abdicaciones y en sus votos.

El Emperador quiso varias veces aprovechar los monjes para su servicio; y á este fin dió vacaciones á su mayordomo Luis Quijada, quien se fué muy contento y pagado de su libertad al castillo de Villagarcía, donde moraba su ilustre familia, perfectamente dirigido y gobernado en las largas ausencias del dueño por su próspera esposa. No pueden repetirse aquí los lamentos del mayordomo por las tristezas de Yuste. Sabíale todo mal allí, hasta los espárragos y las trufas. Enojábale con su hastío natural aquella vida, limitada dentro de ciertas estrechísimas condiciones, á vegetar por un jardín muy hermoso, pero del cual conocía y contaba hasta las hojas. Penetrado el Emperador de la melancolía que Yuste inspiraba de suyo al mayordomo, reemplazábalo con algun diestro monje, del cual solía en seguida cansarse, llamando de nuevo con grandes instancias á su criado predilecto, quien renegaba de su estrella, y obedecía sin restricciones ni reservas. Alguna que otra vez quiso comer Carlos en el refectorio de los jerónimos; pero no le agradó al paladar la comida ni le probó al estómago. Conforme iba viviendo, también se iba poco á poco aislando de los monjes, como si fuese aquel monasterio una

capilla no mas de su palacio. Alguna que otra vez metfase de pronto en las cosas conventuales, ahora para impedir que se acercasen mucho las mujeres á la sopa con desdoro de las costumbres, ahora para hacer algunas obras de caridad conducentes al bien de la comarca entonces afligida por calamidades diversas. Para tales atenciones gastaba el Emperador veinte mil ducados de oro, que valdrian setecientas mil pesetas en nuestro tiempo, suma consignada en las minas de Guadalcanal, cuya explotacion llevaba en aquella sazón al tesoro cuantiosos rendimientos. Tenia el Emperador, además de todo esto, treinta mil ducados retenidos en una torre de Simancas, y aparejados para corresponder á las obras pias mandadas por su postrer voluntad en su testamento último.

En tal retiro no desdeñaba la política. Lo mismo dirigia consejos á su hija D.^a Juana en el gobierno de Castilla que á su hijo D. Felipe II en el gobierno de Flandes y de Inglaterra; lo mismo enviaba embajadores á Juan III de Portugal que al rey Antonio de Navarra; lo mismo intervenia en la tutela de D. Sebastian, llamado en la niñez al trono lusitano, que en los enlaces y bodas del archiduque Fernando de Austria y del duque Filiberto de Saboya; lo mismo dirigia conminaciones al episcopado para que tributase de buena gana en los apuros del reino, que consejos á los inquisidores para que persiguiesen la herejía recién aparecida y en amenazadores comienzos; lo mismo incitaba con real empeño á la reina viuda de Hungría, cuyos alcances le merecian alto concepto, á encargarse de la direccion política en España, que á la reina de Francia, cuyo corazon amantísimo le enamoraba mucho, á no afligirse por los disentimientos de familia; dispierto siempre y vigilante, apercebido á los sucesos, necesitado de dar ocupacion á su actividad y alimento á su idea. La guerra con el Pontífice Paulo IV le tenia muy disgustado con su hijo Felipe II. Parecíale su prudencia excesiva, enfrente de la soberbia y altanería del Caraffa. Sentia con gran vigor lo mismo que dijera el duque de Alba en el Vaticano á Paulo IV; que si hubiese reinado un monarca de su complexion y de su fuerza, tuviera que ir á besarle los piés, por muy Papa que fuese, aquel cardenal Caraffa, en Toledo. Todavía le disgustó mas que Felipe no hubiera estado en la batalla de San Quintín; y que, una vez tomada la ciudad, Felipe no hubiera caído, como un alud, sobre Paris,

aplastando á Enrique II y su soberbia. Cuando le llegaban los correos, y con los correos las noticias de tantas vacilaciones, enfurecíase, y se le iba la razón de la cabeza, por no poder atinar con el secreto de aquellas ambigüedades políticas y de aquellas dilaciones militares. Toda vacilacion de parte del rey respecto al castigo que debia infligirse á los Valois en Paris y á los Caraffas en Roma parecíale una traicion á su memoria. Estas indignaciones crecian de punto por haber llegado á su noticia que Paulo IV le trataba de loco y habia en secreto abierto una causa para despojar á los Austrias de la corona de España y de la corona de Alemania. Parecíale que aquel dogmatismo católico, llegado allende las necesidades políticas, traia consigo muy graves peligros, tanto para la monarquía como para la Iglesia; y desconfiaba del valor de su hijo, dotado por el cielo con cualidades muy altas sí, pero muy opuestas á las brillantes cualidades de su padre.

No, no descansaba mucho el Emperador, cuando tenia que ocupar su tiempo con tratos en Pau, influencias en Lisboa, consejos en Bruselas, cartas á Doria, memorandos á Viena, estudios sobre las guerras de Italia y las guerras de la frontera de Flandes, comunicaciones á su hija para que no dejase por modo alguno extraer la plata y el oro de la casa de contratacion fundada en Sevilla, apercebimientos para que se continuase con mas vigor la campaña y se recogiesen mayores frutos de la política, reproches por haberse parado en San Quintín y haber consentido á Guisa que tomara Calais; hé ahí los mil asuntos que ocupaban la inteligencia de aquel monje desceñido de su corona y no desceñido de los cuidados y trabajos que toda corona lleva de suyo anejos, y mas aquella inmensa de nuestra España, cuya luz engendraba mucho calor, cuyo calor mucha electricidad, y cuya electricidad muchas tempestades. Pero, además, le molestaban los asuntos de su familia. Todos los suyos se referian á él, y todos gravitaban á una en torno de él. La reina viuda de Francia, casada en primeras nupcias con D. Manuel de Portugal y en segundas con Francisco I, habia dejado su hija Juana en Lisboa, y no habia podido volver á verla por invencibles resistencias de su hermano D. Juan III. Y precisaba que le procurase una entrevista el Emperador. En los enlaces varios entre la casa de España y la casa de Portugal, D.^a Catalina, hermana de Carlos V, era del rey D. Sebastian abuela; y D.^a Juana, gober-